
EL PADRE

Toni Comín i Oliveres

Diputado del PSC-CpC
en el Parlamento de Cataluña

Irradiar la fe con la vida y la mirada

Escribió Nietzsche que no estaba a dispuesto a creer en el Dios de los Evangelios hasta que los cristianos no tuvieran cara de resucitados. Más allá de su intempestiva vocación por fustigar el cristianismo, en

esa ocasión dio en el clavo. Si los cristianos creyéramos en Dios, si gracias a la fe desnuda viviéramos “en” Dios, debería notárse nos. A Alfonso Comín, mi padre, la fe se le notaba. Se notaba la experiencia de Dios en su vida, en su obra, en su rostro, en sus palabras. Se le notaba la confianza en el Amor infinito —¿de dónde sino de ahí procedía aquella luz chispeante de su mirada?— y la profundidad mística que nos hace aceptar Su ausencia. Sólo por medio de los testigos se nos hace comprensible la fe, y diría que mi padre fue, para muchas personas de su generación, exactamente eso: un testigo del Dios de Jesús.

Lo que ocurre es que este hombre, profundamente creyente, fue del todo coherente. Por su fe cristiana, y no por otro motivo, se hizo socialista, marxista, militó en el Frente de Liberación Popular y en el Partido Comunista y fue uno de sus dirigentes, por ella luchó desde los 50 del lado de las fuerzas clandestinas antifranquistas por la restauración de la democracia en España, impulsó el sindicalismo de clase para defender los derechos de los trabajadores ante una dictadura también de clase, por ella se dedicó a la profesión editorial con la voluntad de restaurar una cultura crítica y emancipadora en un país que había caído en la enajenación espiritual nacionalcatólica, por ella se alineó con cuantas revoluciones en el Tercer Mundo intentaron la justicia, y a partir de ella eligió todas las causas, que fueron muchas, de su vida.

Todo por mera y simple coherencia con su opción cristiana. Porque ¿cómo se podría creer en Dios y no creer en Su proyecto para la Tierra? Dios tiene un designio claro para la humanidad, un designio que Jesús, un hombre, el Primogénito, comunicó al mundo de manera definitiva: un proyecto

de amor universal, de hermanamiento sin exclusiones, fruto de la pura gratuidad. Sólo por este motivo, Dios —Aquel que ama a sus criaturas gratuitamente, es decir, inexplicablemente, primero hasta el punto de crearlas libres y, luego, de salvarlas sin menoscabo de su libertad— hizo al hombre a su imagen y semejanza. Para que los hombres fueran capaces de amarse entre sí también de manera por completo gratuita. San Ireneo decía que la fraternidad universal era “la gloria de Dios”.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando el mundo se convierte en un lugar donde los fuertes oprimen a los débiles, dónde los ricos explotan a los pobres, dónde los sabios viven a expensas de los ignorantes? Entonces, Dios clama justicia. Y no hay verdadera experiencia de fe si no va de la mano de la lucha a favor de la justicia por la cual clama Dios. La lucha por la justicia es, simplemente, la manera de defender Su gloria. Alfonso Comín fue un hombre que descubrió a Dios —o, mejor dicho, se dejó descubrir por Él— y a partir de aquí asumió con total convicción las consecuencias éticas y políticas de la fe. No puede haber fe sin implicación en la historia de los hombres, porque es en ella donde se juega el proyecto de Dios para la humanidad, donde se lo contradice o se lo realiza. Por esto, la fe es, siempre, *fe en la Tierra*, como reza el título de uno de libros más conocidos de mi padre.

Si el cristiano, como Dios, deplora toda injusticia que niegue la fraternidad entre la gran familia humana, no puede pasar de largo ante las víctimas sin dejar de ser cristiano: debe sentir como propio el dolor de los pobres, de los excluidos, de los marginados, y comprometerse para que dejen de serlo. Eso hizo Alfonso Comín. Así, hay que

PLIEGO

conocer los mecanismos de la injusticia y luchar para subvertirlos. De ahí que el cristiano se vea impelido a abrazar toda teoría y toda praxis nacidas con una voluntad de emancipación social. Teoría para desmascarar el pecado estructural, que diría la teología de la liberación. Por ello, una generación de cristianos crecida en aquella España franquista de los años 50 entendió que resultaba imprescindible adentrarse en alguna versión no escolástica del marxismo —de la teoría social comprometida con todos los explotados— para entender hasta qué punto el sistema capitalista era el responsable de la fractura de la fraternidad entre los hombres en nuestra sociedad contemporánea.

Praxis para hacer una sociedad justa, de hombres y mujeres libres e iguales. La revolución no puede alcanzar por sí misma el Reino de Dios, puesto que aquélla es obra humana, y éste, como su nombre indica, es obra divina. Pero el Reino —“la Ciudad de la Comuni3n, donde serán nuevas todas las cosas”, como lo llamara mi padre en uno de sus textos más bellos, la *Carta abierta a Emmanuel Mounier*, su primer y más determinante maestro— tampoco se puede alcanzar al margen de la revolución. Porque si ni siquiera somos capaces de construir la voluntad de Dios en esta Tierra, ¿cómo vamos a participar del Reino en toda su plenitud? Por esto, aquella revolución que busque la fraternidad se convertirá, para el cristiano, en un deber sagrado, y a este deber consagró mi padre sus andanzas a lo largo de su vida. La política —repetía a menudo citando a Mounier— era, en el siglo XX, la forma superior de la caridad. Porque ella era el instrumento y el lugar de la justicia social.

Y ahí llegó el escándalo: ¿Cómo podía un intelectual cristiano, en la España nacionalcat3lica de la posguerra, ponerse a hacer política del lado de los trabajadores, si éstos abrazaban una filosofía marxista que se profesaba atea? ¿Cómo podía optar por el bando opuesto al que le correspondía por familia y por origen, por los perdedores de la guerra civil, contienda que los vencedores habían vendido como una cruzada de cat3licos contra rojos? ¿Cómo podía, en suma, un cristiano hacerse comunista? La respuesta era sencilla: por fidelidad a los pobres, es decir, por fidelidad al Evangelio. “Mejor equivocarnos con las víctimas, que contra ellas”, rezaba una de sus frases preferidas de Mounier. Alfonso Comín, y con él toda una generaci3n, se sintió desde muy joven responsable de una Espa3a rota por una confrontaci3n de poderosos contra humildes, y en la cual Dios se invocaba en va-

no cada día para justificar sacrilegamente un r3gimen profundamente anticristiano. Todas sus utopías se deducen, pues, de su fe con la misma transparencia con la que, en un silogismo, las conclusiones se deducen de las premisas. Su esperanza en una sociedad de libres e iguales, y el compromiso con una revoluci3n que desbancaran todos aquellos poderes que la impiden. Su esperanza en unos partidos y unas fuerzas sociales de izquierdas que entendieran que las esperanzas hist3ricas de los explotados y de los cristianos coinciden; que comprendieran que los cristianos quieren y deben caminar junto a quienes representan los pobres, de los oprimidos, y hacerlo en tanto que cristianos; y que reconocieran que si la fraternidad no se sostiene en la gratuidad —que es siempre, sepámoslo o no, religiosa—, se acaba degradando. Su esperanza en una Iglesia que volviera a sus orígenes, para recuperar el Evangelio que ha traicionado; que renunciase a la alianza con aquellos poderes terrenales que producen víctimas; que entendiese que la historia de la salvaci3n no es una historia a parte de la historia de la humanidad, porque lo propio del cristianismo no es la salvaci3n individual de cada cual, sino la salvaci3n de la humanidad como aventura colectiva; que con la ayuda del Concilio aceptase, sin excusas, el pluralismo político de los cristianos.

Era necesario, pues, poder ser cristianos en el Partido y comunistas en la Iglesia. Era necesario poder ser heterodoxo en ambos mundos. Si Alfonso Comín rompió todos los esquemas vigentes, fue sólo porque estos esquemas habían roto su fidelidad a la Palabra. Para ser fiel al Evangelio, era necesario acabar con lo que él denominaba “el secuestro burgués de la Palabra”. Había que entregarse con cuerpo y alma a la *reconstrucci3n de la Palabra* —como tituló uno

**Su mirada,
profunda
y luminosa,
transmitía
la esperanza
en el Reino**

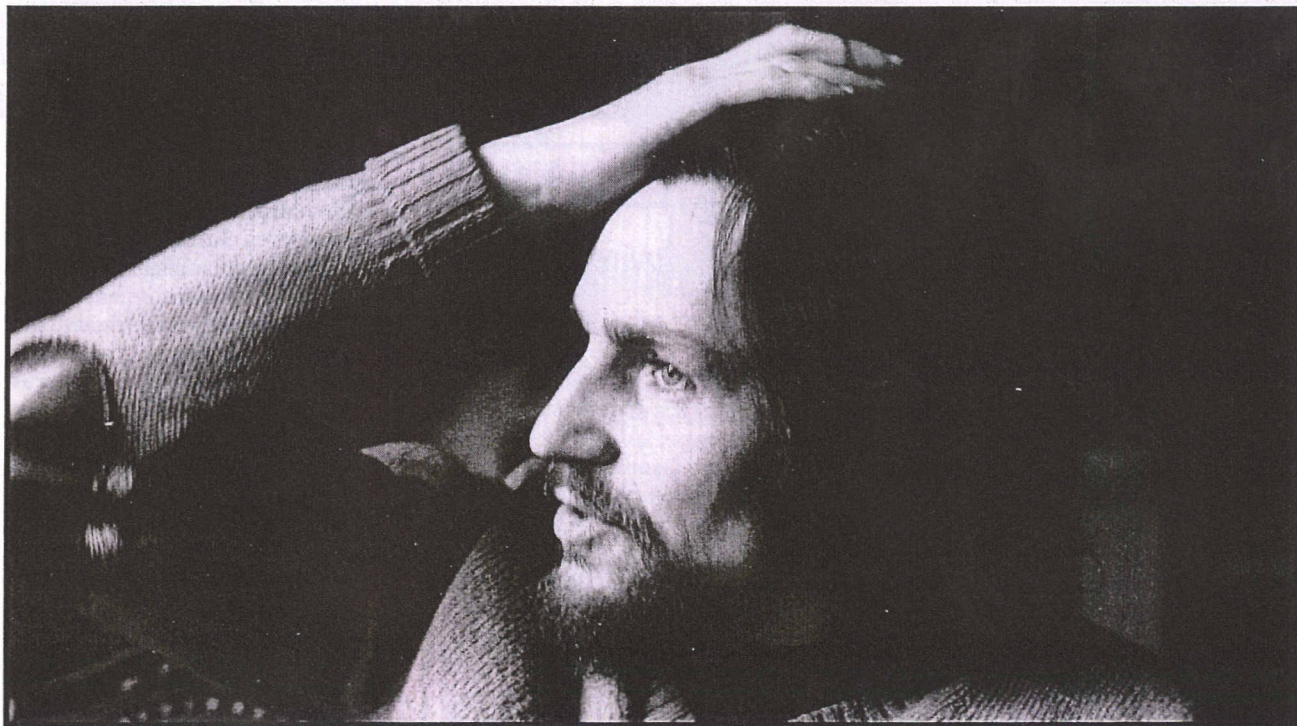
de sus postreros ensayos— viviendo la fe al lado del pueblo, es decir, viviéndola inmersos en la lucha de clases, en medio de la cual el “desorden establecido” hacía vivir a ese mismo pueblo.

Simbolizó, por todo ello, una nueva manera de entender la presencia pública de los cristianos y su relaci3n con la política. Se enfrentó sin vacilaci3n al cristianismo político de derechas, heredero de la cristiandad, pero también a una izquierda ajena por completo a todo lo religioso, que a lo sumo aceptaba la vivencia privada de la fe. No, Alfonso Comín apostó por un cristianismo político de izquierdas, público, que no buscara ninguna nueva alianza de trono (de izquierdas) y altar, sino que simplemente se implicara en las luchas por la liberaci3n humana que, en un mundo tomado por la desigualdad y la pobreza, empezaba ante todo como una liberaci3n material. Y que lo hiciera con los medios de Jesús: con el testimonio y el compromiso, con la fuerza de la debilidad que mi padre aprendió de joven leyendo a **Georges Bernanos**, los únicos medios que pueden transformar el mundo. Desde su tarea política, intelectual y eclesial, Alfonso Comín fue un pionero de conquistas que hoy, quizás, si parecen poco épicas, es porque, gracias a ejemplos como el suyo, ya están asumidas irreversiblemente.

Un profeta contemporáneo

Muchos, entre quienes mejor lo conocieron, insisten que de Alfonso Comín, mi padre, lo impactante no era el *qué*, sino el *cómo*. Y muchos fueron, sin duda, los impactados. ¿No será que, en su caso, el *qué* y el *cómo* iban, como debiera ser siempre, indisolublemente unidos? Era, en efecto, un hombre apasionado, pero la pasi3n que ponía en sus causas hist3ricas se debía —creo yo— a que, de un modo u otro, sus causas de derivaban de su fe. Vivía con entusiasmo y lo despertaba fácilmente entre quienes lo escuchaban. Pero la etimología es, en este caso, suficientemente explicativa: los entusiasmos son aquellos que “están en Dios” (*in-Theos-siamos*). Y el entusiasmo era, sin duda, uno de los rasgos más sobresalientes de su carácter.

Que su carisma era difícil de olvidar no lo digo por mi experiencia de hijo. En tanto que hijo, conservo —como debe ser— su ternura mucho más que su carisma. Sin embargo, su carisma, como el viento (*ruah*) con el que el AT se refiere al Espíritu, arrastraba a quienes lo conocían a compartir sus utopías. Porque era un carisma transmisor de esperanza: en el Reino y en la justicia en esta Tierra, indisolublemente unidas, la una



dando el sentido, la cifra y la clave de la otra. Era, ciertamente, un hombre lleno de esperanza. De él dijo una vez **Manuel Vázquez Montalbán** que “era el *homme revolté* más hambriento de esperanza que he conocido jamás”.

Mi padre era, además, un hombre puro, sincero, con la mirada profunda, luminosa, penetrante y transparente. Y un hombre alegre, muy alegre, tremendamente cálido. Quizás fuera esa calidez su principal característica. Algunos se preguntarán cómo se hacen compatibles la alegría, la luminosidad y la calidez con una vida de lucha y de sacrificio personal al servicio del compromiso social y político. Sin embargo, creo que van siempre de la mano cuando la lucha y las causas de uno proceden del amor gratuito. Un amor gratuito capaz, al mismo tiempo, para la ira, la santa ira, ante la injusticia y la violencia contra el hermano.

Era, también, un hombre profundamente contemplativo. El amor de Dios es un misterio que nos supera completamente, que no podemos sino aceptar, adorar y agradecer. Y Alfonso Comín era un contemplativo que se recogía todas las Semanas Santas, con su mujer y sus hijos, en el monasterio cisterciense de Poblet. La música, especialmente la clásica, por ejemplo su colección de misas de Réquiem, fue para él una compañía siempre necesaria.

Era, sobre todo, un hombre valiente. Su acción estaba a la altura de sus convicciones y, por eso, para muchos la coherencia fue lo más seductor de su testimonio. Para estar a la altura de la propia fe, hace falta valentía —una valentía que de hecho procede de la propia fe, pero que no todos somos

capaces de asumir—. Gracias a ella, la biografía de cualquiera se convierte en un silogismo transparente, en el cual la propia acción se deduce del propio credo como las conclusiones se desprenden de las premisas. Es la valentía, en suma, la que permite el milagro de la unidad entre vida y discurso; la que, en el caso de este intelectual cristiano y político de izquierdas, hizo de su vida el principal de sus discursos. Ocurre siempre con los testigos de Dios. Y eso es lo que fue Alfonso Comín, mi padre.